

LUGAR DE AUTOR

Los buenos lectores

MÁXIMO CHEHÍN

supermaximo@yahoo.com

Para Marta y Ñato

En la casa de mis padres había una biblioteca que no paraba de crecer. Los libros estuvieron primero en unos tablones de madera que mi padre había instalado sobre el televisor, luego en un mueble a medida que ocupaba toda una pared del comedor. Después, cuando el mueble se llenó (cada estante llegó a tener tres filas) los libros nuevos iban a parar a un par de estanterías de madera, hechas también a medida por un carpintero local, que estaban en el dormitorio que ocupaban mis hermanos. Más tarde, cuando mi hermana comenzó la escuela secundaria, se encargó para ella una biblioteca-escritorio que cubría tres cuartas partes de una pared de su cuarto; esos estantes también tardaron poco en llenarse. Es difícil hacer una estimación precisa, pero estoy seguro de que nuestra casa llegó a haber unos dos mil libros.

No había criterio para el orden en esa biblioteca: los libros se guardaban, a medida que se terminaban de leer, en el próximo lugar disponible (la excepción eran los del profesorado de inglés de mamá y una hilera de volúmenes de la colección del Séptimo Círculo, que ocupaba un estante muy alto al que solo podía accederse mediante una escalera). El puerto de entrada era el dormitorio de mis padres, donde los libros se apilaban en las mesas de luz, debajo del mueble del



televisor –un Phillips portátil de catorce pulgadas y pantalla en blanco y negro–, en un rincón del baño. De ahí pasaban, imagino que luego de una limpieza o cuando era necesario hacer lugar para otros libros, a la biblioteca, donde quedaban para siempre en el lugar en el que caían. La falta de orden no era casual: mis padres no releían, o lo hacían sólo excepcionalmente, y no prestaban sus libros –porque, se me ocurre, nadie los pedía en préstamo. La ubicación en la biblioteca terminaba siendo, en consecuencia, irrelevante; lo importante era que el libro leído estuviera guardado, fuera del paso, y que de ese modo hubiera en los lugares de lectura espacio para nuevos libros.

Yo aprendí a leer de esa manera; es decir, pasando de un autor a otro sin ningún criterio, eligiendo lo que estaba más a mano o me llamaba más la atención, o simplemente saltando entre libros, leyendo un par de páginas aquí y otras dos allá hasta que encontraba algo interesante: los cuentos de Ray Bradbury de la colección Minotauro con sus cubiertas de colores brillantes; los dos volúmenes de La Danza de la Muerte de Stephen King; la mujer de manos ensangrentadas en la tapa de The Buenos Aires Affaire. La literatura era un universo cerrado, acotado a la biblioteca de casa, que se expandía cuando mis padres pasaban por las librerías de Tucumán o luego de los menos frecuentes viajes a Rosario para visitar a mi abuelo. Era un territorio en el que me movía sin brújula, donde cada paso podía llevarme a un gran descubrimiento o a una breve decepción.

Y es que, curiosamente, en mi casa en abundaban los libros, pero no se hablaba de literatura. Yo veía que en general los libros pasaban una mesa de luz a la otra en la habitación de mis padres, excepto por las novelas románticas, que no se movían del lado de mamá, y por las novelas de espías, que solo leía mi padre. El pase de manos se daba, imagino, en silencio, como un trámite, o quizás precedido por una sola frase: este es muy bueno, este no me convenció. Tampoco hubo presión para que mis hermanos o yo nos convirtiéramos en lectores. Papá, recuerdo, me acompañó a la biblioteca de Aguilares a mis nueve o diez años y le pidió a la bibliotecaria que me diera una copia de Los tigres de Mompracem, de Salgari (que me pareció insufrible); mamá me compraba los volúmenes rojos de la colección Billiken, donde descubrí a Julio Verne y a Mark Twain. Después de esos empujones iniciales todo estuvo librado a mi voluntad. De ese modo forjé mis preferencias y mis gustos, navegando nuestra biblioteca igualitaria en la que ningún autor valía más que otro, y eligiendo tal como se lee: en soledad.

Nuestra biblioteca, como dije, no paraba de crecer. Eventualmente el espacio para muebles y estanterías se acabó y los libros comenzaron a amontonarse y apilarse en cualquier rincón de la casa. Comencé a encontrar libros torcidos y desgajados bajo el peso de otros libros, libros roídos por ratas –que combatíamos sin éxito desde siempre–, o simplemente arruinados por la humedad y el polvo ubicuo de Tucumán. Para esa época yo estaba promediando mi adolescencia y me había convencido de un modo casi fundamentalista (como uno suelen ser las convicciones a esa edad) de que los libros eran objetos muy valiosos que había proteger y atesorar. Era claro que mis padres habían comprendido el valor de los libros: los más viejos, de principios de los setenta, habían sido incluso estampados con un sello que indicaba que pertenecían a su «biblioteca particular». El sello, pomposo y a la vez una muestra innegable de cariño, como el apellido bordado en el delantal de jardín de infantes de un hijo, fue reemplazado por una firma y una fecha, finalmente olvidada. Esa renuncia a la afirmación de pertenencia, a la voluntad de un orden mínimo –factores que yo comenzaba a imaginar como la esencia de una biblioteca– me pareció una capitulación, una forma de abandono. Pensé que el daño que se les hacía a esos libros, que quizás no podrían reemplazarse, era irreparable, y que en consecuencia la actitud de mis padres algo cercano a un crimen. Leerían mucho, pero eran unos desagradecidos.

En cuanto me fui a vivir solo comencé a armar mi propia biblioteca, que fui llevando conmigo en cada mudanza, cuidando esos libros más que los muebles o la heladera. La última vez los libros ocuparon unas treinta cajas, que esperaron prolijamente cerradas en un rincón hasta que vinieron a instalar un mueble enorme que ya está casi completo. Mi biblioteca está ordenada por categorías: ficción, ensayos y poesía –traté subordinar por orden alfabético, pero el esfuerzo hubiera sido enorme y el espacio, siempre escaso, mal aprovechado–. Tengo muchos libros que no leí, y la proporción entre estos y los que ya he leído crece todos los meses. Tengo libros que compré por capricho, porque me gustó su forma o su cubierta, o porque me recuerdan a una ciudad o una librería particular. De vez en cuando la depuro: saco lo que no me gustó, lo que no es lo suficientemente bueno, lo que no corresponde –en suma, lo que no se merece estar en esos estantes.

He construido mi biblioteca de manera lenta y minuciosa, sin atarme a un plan pero asegurando piedra sobre piedra. Su contenido causa una discreta impresión a

mis (pocos) amigos que escriben o leen y sorprende a los que no, que me preguntan, casi sin excepción, si ya leí todos esos libros. Extraño su presencia cuando estoy lejos y me alegro al verla nuevamente, aunque en cada nueva mudanza me pregunto si realmente vale la pena el esfuerzo que implicará su traslado. A medida que la biblioteca crece se agranda mi cielo. Presto poco y cuando paso frente al hueco que dejó un libro prestado me pregunto, antes que nada, cuándo me lo devolverán; recién entonces, con culpa, pienso si la amiga que se lo llevó habrá disfrutado esa lectura. El hecho de tener esos libros ahí, a la mano, me da una sensación de bienestar, de *seguridad*, difícil de poner en palabras; también me ha convertido en alguien más egoísta y obsesivo. Los estantes, repletos, se curvan ligeramente al medio haciendo, según me dijeron una vez, un gesto de súplica para que deje de agregarles peso. Yo ignoro la queja y continúo llenándolos, con la avidez de quien engorda un toro campeón.

Hoy, sin embargo, mirando esta biblioteca que me alegra, que me ancla, que me enorgullece y me avergüenza – sentimientos igualmente aborrecibles –, he vuelto a pensar en la biblioteca de mis padres. Ese espacio cuyo único objeto era almacenar, como fuera posible, los libros habían sido leídos, y que no tenía pretensiones de exhibir erudición ni de ser la proyección de una personalidad. Y es que nuestra biblioteca era un reflejo de la relación de mis padres con los libros: ellos, antes que nada y sobre todo, leían. Leían con morosidad, con atención; leían como quien devora un pollo y deja sólo los huesos. Si un autor les gustaba esperaban con entusiasmo la próxima novedad, pero su fidelidad solo duraba mientras hubiera buenos libros. No eran lectores proselitistas; simplemente enseñaban con el ejemplo y dejaban tras ellos un universo de lecturas posibles: una biblioteca enorme, desordenada, con tesoros escondidos y rincones llenos de basura, un poco sucia, contradictoria. Un pequeño mundo.

Di Benedetto dijo una vez que su única pretensión como escritor era que sus libros fueran objeto de atentas y pacientes lecturas. Pienso que mis padres fueron (que son) en esencia como los buenos lectores que esperaba Di Benedetto y que yo quisiera para mis libros: esos que leen solos en una habitación, en silencio, que buscarán mi nombre en las mesas de novedades si mi último libro les gustó y que lo dejarán discreta, piadosamente en un estante cuando lo terminen para que, ojalá, alguien más lo encuentre en el futuro.